

40

REVISTA LITERARIA
ARLEA - UNIVERSIDAD DE LA RIOJA
PRIMAVERA - VERANO DE 2017

Fábula



Platicando con Vanessa Montfort
"Mínimas", de Miguel Ibáñez
Homenaje a Antonio Cillero

Alberto Luis López

AMOR ETERNO

La desidia retornaba a Santos como venía sucediendo en los últimos meses. Pensaba en la posibilidad de cancelar la cita: *Demasiado para mí*, decía con su sempiterna dejadez y apatía hacia todo lo que no fueran un montón de libros viejos sobre teorías que a nadie le interesaban.

Su intención era no fallar esta vez como tantas otras lo había hecho. Eso lo decidió a emprender el recorrido en espera de, si no pasarla bien, por lo menos cumplir con su compromiso, el mismo que un día antes había aceptado y él mismo se había encargado de formalizar.

Era domingo pero, a diferencia de otros, éste se vislumbraba grato. Extrañamente Santos había despertado alegre y más lo fue cuando supo a temprana hora que su equipo había vencido. Era uno de esos momentos en que más que orgullo sentía satisfacción por ver derrotados a quienes, indirectamente, habían marcado tanto su inocencia, para entonces perdida, como su destino. Una forma de olvidarse de ellos era derrotándolos en todos los campos posibles, eso al menos lo consolaba.

Antes de mediodía la tranquilidad lo invadía. Por un instante sintió paz, que le dio energía para sonreír y desear, contrario a su habitual actitud, que tuviese un buen día.

Tras recoger a su acompañante inició su trayecto. El sol brillaba como sólo esos domingos brillan luego de un sábado avasallado por el agua estival. Mientras conducía Santos dejó de poner

atención a la conversación y se puso a pensar en los días venideros. Razonaba sobre si sería posible que los días próximos fueran tan aceptables como éste, ¿será posible? Se preguntaba para sí.

Durante el trayecto la música llenaba las cuatro barreras metálicas que hacían de ellos un punto en movimiento. Debido a la intensidad del sol y al calor que comenzaba a sentirse su acompañante preguntó si podía encender el aire acondicionado. Santos lo encendió de inmediato, no deseaba que nada estropeará ese apacible momento. Música, frescura y buena compañía lo hacían disfrutar del recorrido. Como siempre, tenía en su acompañante a una gran interlocutora. Era interesante charlar con ella porque siempre le generaba interrogantes y lo obligaba a mejorar sus argumentos. Mientras mantenían su diálogo Santos perdió la noción del tiempo. Por unos minutos incluso se olvidó de aquellos seres que daban vida al paisaje urbano pero que, en su opinión, también lo hacían un tanto miserable.

Durante el trayecto no pudo evitar observar los múltiples accidentes ocurridos horas antes, quizá la noche anterior. Decía en voz alta a su compañera de viaje: *Inconscientes, espero que hayan aprendido si no merecido tienen su destino*. Recordaba aquella sesión a la que había asistido semanas antes, donde se hablaba del humanismo perdido, de la era del vacío y del absurdo. De hecho, Santos congeniaba un poco con los planteamientos del olvido del humanismo, aunque en ocasiones anhelaba fervientemente que floreciera de nuevo.

Debido a los múltiples accidentes que encontraron a su paso llegaron tarde a su cita y los boletos estaban agotados. ¡Maldición!, externó Santos, *siempre hay cientos de lugares vacíos y precisamente hoy tenía que venir una multitud. Qué suerte la mía*, exclamó. A pesar de la situación su ánimo no desistió. Ambos decidieron caminar un poco en busca de algún entretenimiento que no exigiese demasiada concentración, sólo buscaban pasar el rato. Al poco tiempo encontraron un cinematógrafo poco visitado que proyectaba películas no comerciales. Eso les llamó la atención e ingresaron a la función más inmediata.

La película fue innovadora y explicativa de realidades distantes y concepciones contrarias a las suyas. Por dos horas Santos, y seguramente también su acompañante, se olvidó de conceptos complejos como esencia, hombre u ontología. Simplemente aguzó la vista y el oído y con eso bastó, disfrutó el momento.

Terminada la función y de camino a la salida se sintió una serenidad total. Conforme avanzaban Santos se percató de que la pequeña luz al fondo de la sala se hacía cada vez más grande cual marco ajustable. Cuántas minucias pasan diariamente inadvertidas, se dijo. Mientras cruzaban el umbral de la puerta que daba paso a la luminosidad del día comentaron la bella experiencia fílmica que acababan de contemplar. Al salir de la sala había una plaza donde el bullicio de la gente y el intenso calor contrastaban con el silencio y la frescura de la sala. Había en ella, sin embargo, una escena de ensueño: sonrisas de pequeños acompañados de sus padres, individuos conversando junto a una bella fuente, parejas de enamorados tomados de la mano y todo ello rodeado de frondosos árboles.

Tras contemplar la plazoleta Santo pensó: *Tenía razón, los domingos tienen un toque especial, tal vez es el único día que hizo Dios con verdadero amor, ¿será porque fue el último?* Se imaginó incluso a Dios fatigado, alegando que estaba

cansado pero también se mostraba emocionado por terminar su obra con un domingo. De hecho pensó que se trataba del único momento en que ese ser incognoscible había resultado un verdadero filántropo, pues le había hecho el único bien al hombre al planear la existencia de domingos a mediodía. Sin embargo, al instante rectificó: *No, en realidad no fue Dios tan bondadoso porque otorgó una primera parte del día para disfrutarlo pero una segunda para sufrirlo, al darle a los hombres la capacidad para saber que cada minuto anunciaba el final de su goce dominical.* La experiencia les instruía que al pasar el mediodía la desazón comenzaba, pues era un asunto de horas para volver a la desesperante monotonía.

Tras salir de su momentáneo soliloquio Santos le indicó a su acompañante que continuaran su camino y, si no tenía inconveniente, se dirigirían a la librería de la plaza. Su compañera le dijo amablemente que se adelantara. *Allí te alcanzo*, le dijo. Una vez en la librería Santos le preguntó al encargado por algunos libros. Mientras esperaba una extraña sensación le hizo girar un poco y mirar en torno a sí. De pronto la vio, una chica con rostro angelical y relajado lo observaba. Su mirada penetrante lo miraba con entereza y sin pudor alguno. Al percatarse de ello Santos se sorprendió. Inmediatamente se tensó pero decidió mantenerse firme y mirar fija pero despreocupadamente a la chica. Sabía que de no hacerlo sería derrotado. No era una opción retraerse, mucho menos luego de haber aceptado el reto de las miradas. Debía pues proseguir hasta el fin. Al cabo de unos segundos pensó que tal vez se trataba de uno de esos momentos efímeros que ocurren en la vida, pero que pronto se olvidan porque no resultan en nada. Por ello, o quizá porque no pudo resistir más, cambió de dirección y emprendió el camino al estante de libros ilustrados.

Mientras hojeaba algunos volúmenes que contenían imágenes de aves y plantas antiguas se sentía incómodo. Sabía que la mirada de la joven

estaba sobre él, en todos sus movimientos. Lo observaba fulminantemente y esa miraba lo desgarraba por dentro. Él, sin embargo, no dio ninguna señal de nerviosismo o ansiedad. Pese a su aparente firmeza estaba abrumado, primero el desconcierto se apoderó de él y tras aquél le siguió el temor. Surgió una gota de sudor en su frente que a los pocos segundos comenzó lentamente su descenso. Santos se paralizó y su mente, contraria a su naturaleza apática pero decidida, entró en un espasmo inexplicable. ¿Será

ella? Se preguntaba. De reojo no dejaba de mirarla. Deseaba acercarse pero no podía. ¿Será ella? Pasados unos minutos quiso tomarla entre sus brazos y devorarla a besos. Sus labios unidos indagarían en su pasado y se consumirían en un presente eterno. ¿Será ella? Volvía a preguntar. Su duda era irresoluble aunque él intuía la respuesta, por eso necesitaba acercarse. Su deseo era mayor que su voluntad. Su nerviosismo se acrecentó segundo a segundo. ¿Qué hago si es ella? Inquiría. Mientras pensaba en algo intentaba actuar con normalidad.

Finalmente se decidió a hacerlo, pero al girar el torso ella ya no estaba. Había perdido la oportunidad y quizá para siempre. Su semblante se tornó melancólico. Cabizbajo, dio un par de pasos en dirección a la entrada pero al levantar la vista la encontró de nuevo. Ella seguía observándolo desde otro rincón de la librería. Esta vez se decidió. Santos se encaminó hacia ella. Ahora se sentía más seguro o al menos eso quería creer. *Te anhele desde hace tiempo. Seguro eres tú y no puedo perderte*, se decía. Caminó un poco más y al cabo de algunos metros ya estaba a su

lado. Con el cuerpo tembloroso abrió la boca, pero las palabras se negaban a salir de su húmedo aposento. *Salgan por favor, salgan de una vez infelices*, gritaba para sí mismo. ¡Fuera de mí!, exclamó. Tras pronunciar esas palabras ella dijo: ¿Perdón? Su rostro se mostraba sorprendido, era el de alguien que esperaba algo distinto a lo acontecido. *Perdona, no era a ti, era a ellas, es que...* *Olvídalo*, dijo Santos. A los pocos segundos logró calmarse y comenzó a hablar. Primero

dijo su nombre, siguió con

sus estudios y luego con sus pasatiempos.

Lo dijo todo en un par de minutos. Se trató

básicamente de un monólogo estúpido y fútil. Tras dejar pasar

unos segundos respiró profundo y pre-

guntó con una sonrisa entre altiva y atractiva, ¿Te

puedo invitar un café? Esta

vez, seguro de sí y pasada la inseguridad inicial, se acercó un poco

más a ella e insistió: *Sólo un café, ¿de verdad me encantaría!* Tras un silencio bochornoso

acotó retadoramente: ¿Sí o no?

El ultimátum surtió efecto y ella sacó un bolígrafo disponiéndose a graficar su nombre y número. Tomó con cierta habilidad su antebrazo izquierdo, aunque manteniéndolo a distancia, y escribió en la palma de su mano *Magdalena* y un número de diez dígitos. *Lláname*, dijo, y se alejó inmediatamente. A pesar de su aparente seguridad, Santos se quedó estupefacto mientras su mente, a modo de mecanismo de defensa, entró en una rápida dispersión. Sólo alcanzó a ver que la chica salía tras los ventanales de la librería.

Pasados unos minutos hizo todo lo posible por retirarse. Se despidió de su acompañante disculpándose por no terminar el paseo como esta-



ba previsto e impacientemente condujo a su casa. Observó el reloj y había pasado poco más de una hora desde su despedida en la librería. No era posible, debía esperar al menos un par de horas más, no quería parecer desesperado. Sin embargo, estaba tan deseoso que se mostraba efusivo, quería llamarla pero sabía, con pesar, que debía esperar.

Sin serenarse vio pasar minuto tras minuto, hora tras hora. No encontraba en qué poder despejar su mente. Controlaba su deseo lo más posible mientras repetía para sí, *estúpido tiempo, siempre tan lento*. Así transcurrieron las horas hasta que llegó la noche. *Finalmente*, se dijo. Ya no podía más. Cogió el auricular y marcó. Cada dígito era un sólido golpe a su sistema nervioso, le resultaba casi insoportable la marcación. Su cerebro era un conjunto rizomático de ideas, una interconexión de neuronas sin orden ni calma. Estaba tan nervioso que un dígito más hubiese bastado para acabar con la presión que lo tenía al borde del estallamiento. Tras la marcación su llamada entró. Un tono... dos, tres, cuatro, ¡No era posible, nadie contestaba! Parecía que el fracaso era parte de su destino. El sudor en sus manos no cesaba. *Cómo es posible*, se lamentaba Santos. *La encontré para nada*, decía entre sollozos. Suspiró y resolvió intentar de nuevo. Al marcar comenzó el martirio una vez más, pero de pronto escuchó un *¿Hola?* Rápidamente dijo: *¿Magdalena?* Por el auricular se escuchó un *Sí, ¿quién eres?*

Luego de una breve presentación la conversación no tardó en fluir. Entre preguntas, monólogos y risas concertaron una cita para el siguiente fin de semana. El lugar: café El Ejido, el favorito de Santos.

Toda la semana pensó en ella y en su encuentro fortuito. Finalmente llegó el anhelado día. Santos se alistó desde temprano y llegó anticipadamente a la cita. Nuevamente estaba nervioso, su corazón se agitaba como pocas veces lo hacía. Ya en el café su zozobra era acompañada por una

rosa y su mejor loción, la misma que había guardado por tres años para una ocasión especial. Él sabía que ésta lo era. A las 19:50 hrs. vio entrar a Magdalena. Ella llegó con veinte minutos de retraso pero no importaba, lo único importante era que estaba allí.

Por más de dos horas platicaron amablemente. Hablaron del pasado, de sus ilusiones, proyectos y hasta se hicieron algunas confidencias. Ambos se percataron de que había una perfecta armonía entre ellos. El tiempo pasó tan rápido que no se percataron de lo tarde que era. Era hora de marcharse. *¿Te puedo ver el próximo miércoles?*, dijo Santos. *Claro*, contestó Magdalena, *pero esta vez pasas por mí*. Emocionados se despidieron en el café y cada quien tomó su rumbo.

De regreso a casa Santos estaba feliz, parecía que la vida finalmente le sonreía. La ilusión y el entusiasmo, extraños para él, lo hicieron pasar a un estado de bondad y júbilo. Sentía que su alma transmigraba a otra persona y ese otro era feliz.

Al siguiente miércoles Santos pasó puntualmente por Magdalena. Si bien la puntualidad era contraria a su costumbre quería, a partir de entonces, que todo fuera distinto. El ansia de llegar a tiempo lo hacía olvidarse de sus viejos hábitos. Cuando apareció Magdalena se sintió extasiado. Estaba tan maravillado que hasta podía oler el aroma floral que sólo pueden percibir quienes han sido atravesados por la flecha de Cupido. Sentía por primera vez que la beatitud no era sólo para los creyentes, sino que él, junto con el resto de las criaturas, era parte de esa felicidad y bienestar eternos.

Habían pensado ir a la cafetería Yerbabuena. Él había leído las recomendaciones de revistas culturales y parecía un lugar idóneo para una cita romántica: libros, decoración, bebidas orgánicas y música de fondo. Sin embargo, la tarde lucía hermosa y decidieron cambiar de plan. Era mejor dar un paseo y disfrutar del atardecer. Santos condujo varios minutos hasta llegar a la entrada del

parque nacional. Allí estacionó su coche. Caminaron por el bosque hasta encontrar un gran encino que los protegía de los últimos rayos de luz. La conversación fluyó con absoluta naturalidad. Volvieron a preguntarse por vivencias de su pasado, ahondaron en sus gustos literarios y hasta se permitieron discutir sobre política, aunque sus creencias eran tan contrarias que prefirieron cambiar de tema. Había un tema que les apasionaba: la música. Ambos eran melómanos así que gustosos charlaron sobre grupos, géneros y conciertos memorables.

Los minutos se sucedieron con rapidez y la noche llegó junto con algunas gotas de lluvia. Magdalena sintió frío así que Santos se permitió abrazarla. Sus brazos la protegían mientras los dos, sonrientes, decidieron emprender el regreso. Las estrellas eran hermosas y deslumbrantes y anticipaban una noche de hedonismo. Caminando abrazados ambos comenzaron a sentir sus cuerpos húmedos, lo que hizo más placentera su caminata. A pocos metros de la entrada Santos la tomó súbitamente entre sus brazos y la besó con fogosidad. Ella respondió vehementemente a sus besos. Entonces la pasión desbordó los parámetros de la moral tradicional. Ella sólo sentía el placer de unas manos ardientes recorriendo cada parte de su cuerpo mientras pensaba que ya lo amaba. Santos continuó recorriendo lenta y delicadamente la piel de Magdalena. Durante varios minutos el éxtasis y la voluptuosidad se apoderaron de ellos. La luz de las estrellas no era suficiente para alumbrar sus actos, por lo que Magdalena no pudo notar la extraña mueca que se formaba en el rostro de Santos. Segundos después sólo escuchó una carcajada malevolente. El cambio súbito hizo que Magdalena se quedara perpleja. Perturbado, Santos comenzó a pronunciar: ¡Eres mía! ¡Eres mía! Pese a la oscuridad Magdalena alcanzó a ver que el rostro de su amado se había transformado pavorosamente.

En ese momento Santos, poseído por la locura, sacó una daga de su abrigo y alzó su brazo derecho. Ella, llena de pánico, soltó un grito desgarrador que ensordeciría al mundo entero si alguien la hubiese escuchado. Al instante la daga descendió con rapidez y penetró sus entrañas con suavidad. Lo hizo una y otra vez. La mirada de Magdalena perdió su brillo en un instante. En ese momento se escuchó una extraña voz: *Joven, joven disculpe, esos libros están agotados pero nos llegarán en un par de semanas. ¿Se siente bien? Está muy pálido.* Rápidamente Santos salió de su trance y, resoplando, asintió con la cabeza: *Sí, sí, todo bien.* No sabía cuánto tiempo había pasado pero alcanzó a percatarse de que la chica salía de la librería en compañía de una figura varonil de edad avanzada, probablemente su padre. Sin embargo, a través de los vidrios su mirada lo seguía en la fuga, sin apartarse de él un segundo. El rostro de la joven la mostraba angustiada. Se sabía privada de un chico que, tal vez, podía ser su gran amor. Sus ojos anhelantes le suplicaban que fuera a su rescate, un gesto, un guiño, una simple reacción sería suficiente. Cualquier cosa hubiera bastado para que ella diera el primer paso. No fue así.

Santos se quedó de pie observando la escena. Echó un último vistazo a los libros y salió de la librería. En la plaza se encontró con su acompañante quien le preguntó si había encontrado lo que buscaba. Tras responder, centró su mirada en dirección a la joven pero ésta ya había desaparecido. Caminaron hacia su vehículo charlando de lo agradable que había sido el paseo. En ese momento emanó una leve sonrisa del rostro de Santos mientras su mente, entretenida en su propio monólogo, repetía una y otra vez: *La próxima. La próxima será mía. La próxima será mía...*